



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



Nacho Chincoya (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1973). Realizó estudios en la Escuela de Artes Plásticas de la UNICACH y la Escuela Gestalt de Arte y Diseño, en su ciudad natal, así como cursos orientados a la producción, apreciación y teoría del arte con artistas como Felipe Ehrenberg, Magali Lara, Victor Lerma, Mónica Mayer, Ignacio Salazar, Maria Eugenia Chellet y Arnulfo Aquino. Ha sido becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas (1996 y 1999) y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2003). Ha obtenido los premios de adquisición en la 2ª y la 3ª Bienal de Pintura y Escultura del Sureste, y mención honorífica en la V Bienal de Pintura del Sureste Joaquín Clausell. Ha participado en numerosas exposiciones individuales y colectivas en México, Estados Unidos, España y Japón, y en ferias y festivales de arte como la Bienal Monterrey FEMSA, las ferias MACO, México Arte Contemporáneo (Ciudad de México) y Arco (Madrid); el festival Celebrate Mexico Now (Nueva York) y la Bienal Internacional de Arte Contemporáneo (Fukushima, Japón), entre otros.



Nacho Chincoya, *Padre e hijo*, de la serie *Tamagochi*, acrílico, grafito, gis pastel / tela, 45 × 80 cm, díptico, 2002

EDITORIAL	7
POESÍA DE CHIAPAS	
Trece poetas de Chiapas: 1970-1986 / Balam Rodrigo	9
Ulises Córdova	15
Víctor Cabrera	21
Luis Arturo Guichard	26
Víctor García Vázquez	31
Ignacio Ruiz Pérez	37
Bernardo Farrera Vázquez	42
Víctor Avendaño Porras	47
Raúl Vázquez Espinosa	52
Mario Alberto Bautista	57
Fabián Rivera	62
Antonio Morova	67
Fernando Trejo	72
Juan Carlos Cabrera Pons	76

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

Sealtiel Alatríste
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 149, mayo-junio 2008
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración de este número: Nacho Chincoya
Portada: Nacho Chincoya, *Padre e hijo* (de la serie *Tamagochi*), 2002
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
Malintzin 199, Col. Del Carmen Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Domtar Sandpiper de 216 gramos.

La naturaleza ha sido dadivosa con Chiapas, tierra de agua, de verdes, de claridades varias; región generosa a su vez con la creación poética. Más allá del cliché que prefigura la presencia de poetas hasta debajo de las piedras, Chiapas es, efectivamente, cuna de una fuerte tradición lírica. Una tradición imbricada, como quizá ninguna otra de las literaturas regionales en México, al terruño. Y es precisamente con esta concepción con la que rompen las voces de estos jóvenes poetas, compilados para *Punto de partida* por el también poeta y chiapaneco Balam Rodrigo, quien confiesa en su texto de presentación haber descubierto la poesía escrita por sus paisanos en la edad adulta, casi por casualidad, y haber quedado cautivado desde entonces por sus palabras. Esta selección es, pues, resultado de once años de encantamiento y búsqueda.

Los poetas incluidos por el antólogo son, como la zona de la que vienen, materia de contrastes, suelo fértil a la palabra. No hay en la mayoría de ellos referencias a la contemplación que los antecede; sí hay, como afirma Rodrigo, “una ruptura, una escisión debida tanto a razones geográficas [...] como a formación académica, que han permitido *extender* a los poetas el horizonte de su *tradición literaria* e intentar traicionar *su propia tradición*”.

El número incluye, como los anteriores dedicados a muestras monográficas, la ficha curricular del autor, su foto y un puñado de poemas enmarcados por la poética particular de cada uno. Si bien es cierto que su voz es la creación, saber cómo entienden la práctica literaria puede resultar interesante para nuestros lectores. La selección está acompañada por reproducciones del trabajo plástico de Nacho Chincoya, quien generosamente comparte con nosotros pintura y arte-objeto que constituyen en sí mismos otro elemento de quiebre con la imagen preconcebida. El trabajo de Chincoya rompe con la tradición costumbrista y recurre a sus referentes particulares: juguetes, caricaturas e iconos urbanos pueblan el universo plástico de este tuxtleco, y sus trazos contrapuntean o caminan paralelos al muestrario que presentamos.

Findol®

Ketorolaco

solución
inyectable

4871337
FINDOL

30mg

\$165.00

\$115.50

3 ampollitas
de 1ml

Findol



Trece poetas de Chiapas: 1970-1986

Balam Rodrigo

Hace once años leí por primera vez a un poeta chiapaneco. En la librería de viejo El Cocodrilo —ubicada frente al Teatro del IMSS, sobre avenida Xola, en la Ciudad de México, y de la cual ya sólo queda el nombre en la fachada— encontré *Estado de sitio*, de Óscar Oliva, publicado en la colección Letras Mexicanas; devoré esa misma tarde el libro y quedé hondamente impresionado. A partir de entonces surgió en mí una continua necesidad por *conocer* la poesía escrita por mis paisanos. Comencé a buscar y a encontrar libros de poetas chiapanecos en los lugares más insólitos: desde una feria del libro en Juchitán, Oaxaca —ubicada entre puestos de tlayudas y hamacas—, donde en 1998 compré, entre otros, *Cantar del Marrakech*, de Juan Carlos Bautista, hasta una venta de garage en Mina, Nuevo León, donde adquirí por cinco pesos *El espejo humeante*, de Juan Bañuelos, y por la misma cantidad, una nieve de pitaya, esto en 1999.

“Trece poetas de Chiapas: 1970-1986” es la continuación de ese afán lector que he extendido hacia la poesía escrita por mis coetáneos, una generación marcada sobre todo por el desconocimiento del *otro*: gran parte de los poetas convocados no sólo no se conocen personalmente, sino que, a pesar de ser también chiapanecos, *nunca se han leído entre sí*. Esta muestra es, por así decirlo, una pequeña ínsula de poetas y poemas que lleva a cuestras el peso de una *tradición poética* para algunos insoslayable, como la chiapaneca, pero que busca establecer su propio derrotero, su propio rumbo histórico y que, algunas veces, se aleja de esa tradición. Cierto es que con la publicación de *Olvido* (1890), de

Rodolfo Figueroa, inicia la tradición poética *moderna* en Chiapas, misma que ha sido prolífica, vasta y algunas veces, tan pródiga como su diversidad natural. El ensayista chiapaneco Gustavo Ruiz Pascacio escribe al respecto:

[...] el asunto de la *tradición* constituye un problema central en el origen del discurso poético en lengua castellana en Chiapas [...] ésta no se prolonga a más de una centuria, a partir de la presencia del primer poeta “moderno” de Chiapas: Rodolfo Figueroa (1866-1899), poeta con quien se abre el hecho de “lo público” como eje comunicativo del ejercicio poético [...].¹

Si bien Figueroa abre las puertas al modernismo en Chiapas, es hasta bien entrado el siglo XX que la poesía chiapaneca comienza a construir las bases de su tradición actual, misma que puede entenderse a través de la publicación de algunos libros trascendentales para su configuración. *Apuntes para una declaración de fe* (1948), de Rosario Castellanos, es, sin duda, el libro que inicia esta coyuntura. Le siguen *Horas* (1950) y otros libros de Jaime Sabines —*Tarumba* (1956) y *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* (1973)—, poeta considerado uno de los referentes de la poesía mexicana del siglo XX. La aparición del volumen *La espiga amotinada* (1960) inauguró la aventura colectiva de poetas chiapanecos más prolífica del siglo pasado, misma que

¹ G. Ruiz Pascacio, “La poesía finisecular en Chiapas: entre la incertidumbre y el retorno”, *Prometeo Digital*, 2005. Consulta: 4 de enero de 2006. <http://www.prometeodigital.org/FD_LISTATOTAL.htm>



© Itzel Durán Fuentes

Balam Rodrigo. (Villa de Comaltitlán, Chiapas, México, 1974). Exfutbolista, diplomado en teología pastoral y biólogo. Escribe artículos de divulgación científica, crónica, cuento, ensayo y poesía. Tiene cuatro poemarios publicados: *Hábito lunar* (Praxis, 2005), *Poemas de mar amaranto* (Coneculta-Chiapas, 2006), *Libelo de varia necrología* (Secretaría de Cultura del Gobierno del DF, 2006) y *Silencia* (Coneculta-Chiapas, 2007). Obtuvo el Premio Estatal de Poesía Raúl Garduño (Chiapas, 2004), el 2º lugar en el 7º Concurso Universitario de Poesía “Décima Muerte” (UNAM, 2005), el Premio Estatal de Crónica César Pineda del Valle (Chiapas, 2005), el Premio Regional de Poesía Ydalio Huerta Escalante 2005, el Premio de Poesía Joven Ciudad de México 2006, el 3º lugar en los XLVI Juegos Florales Nacionales de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí 2007, el Premio Regional de Poesía Rodolfo Figueroa 2007 y el Premio Nacional de Poesía San Román 2007. Su obra está incluida en los libros colectivos *Más vale sollozar afilando la navaja. Antología extraoficial de poetas jóvenes de México* (2004), *Antología arbitraria de poetas jóvenes de Chiapas* (2005), *Los abismos de la palabra. Antología intercultural de literatura chiapaneca* (2005) y *La luz que va dando nombre. Veinte años de poesía en México 1965-1985* (2007). Becario del Programa de Estímulo a la Creación y el Desarrollo Artístico del Coneculta-Chiapas en 2005 y 2007. Su libro de poesía *Larva agonía* será publicado este año por el Instituto Mexiquense de Cultura.

se consolida con la edición de *Espejo humeante* (1968), de Juan Bañuelos, y *Estado de sitio* (1971), de Óscar Oliva. Incluido en el volumen *Poesía joven de México* (1967), Raúl Garduño publica *Poemas* (1973), mientras que Joaquín Vásquez Aguilar da a conocer *Cuerpo adentro* (1978), *Aves* (¿1979?) y su magnífico *Vértebra*s (1982). Habría que resaltar aquí que posiblemente la obra de estos dos poetas sea la más entrañable e influyente para buena parte de los autores que integran esta muestra:

la poesía escrita en Chiapas tiene su punto de inflexión en las obras fundacionales de Raúl Garduño (1945-1980) y Joaquín Vásquez Aguilar (1947-1994). Si digo fundacional es por lo que anuncia su estética: con ellos se desarticula en la entidad la contemplación y la celebración del fasto natural.²

Con la publicación de los libros *Ojo de jaguar* (1982), *Música solar* (1984) y *Cuadernos contra el ángel* (1988), Efraín Bartolomé se sitúa como el poeta que domina e influye el panorama literario chiapaneco de la década de 1980 y uno de los más importantes en la poesía mexicana. *Erguido a penas*, de Joaquín Vásquez Aguilar (1991), *Reloj de malvarena* (1991), de Roberto Rico, y *Cantar del Marrakech* (1993), de Juan Carlos Bautista son, a mi juicio, los libros de poesía más relevantes de la década de los noventa del siglo pasado. De los poetas seleccionados en esta muestra es importante señalar que el primero en publicar es Ulises Córdova (*Los abismos de la voz*, 1997) y cronológicamente le sigue Luis Arturo Guichard (*Los sonidos verdaderos*, 2000), que publica ya en el nuevo siglo.

Habría que señalar aquí la ausencia de libros de crítica literaria, y más de un siglo después de la *entrada* al modernismo de la poesía chiapaneca se publica la primera tentativa seria: *Aproximaciones a la poesía y la narrativa de Chiapas* (1997), de Jesús Morales Bermúdez, texto de carácter didáctico que intenta *microhistoriar* la literatura de la entidad. Sin embargo, el

² Ignacio Ruiz Pérez, “Noticia de la poesía chiapaneca reciente: trazos y bitácoras”, *Revista de Artes de la UNICACH*, vol. 1, num. 1, diciembre de 2007, pp. 31-40, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.



Sin título, de la serie *Bit acor acer ebral*, acrílico, grafito y gis pastel / tela, 145 × 145 cm, 2005

primer ensayo crítico sobre poesía es el cometido por Gustavo Ruiz Pascacio en *Los designios de la Diosa: la poética de Efraín Bartolomé* (2000), texto al que le seguiría *Los fantasmas de la carne. Las vanguardias poéticas del siglo XX en Chiapas* (2000), libro que inaugura el estudio de la poesía chiapaneca vista a través del ejercicio crítico de la literatura con verdadero espíritu formal.

A los poetas convocados aquí no los une claramente la *tradición poética* de Chiapas o bien, la han asimilado en nuevas formas y transformado: existe en esta generación una ruptura, una escisión debida tanto a razones

geográficas (estar lejos del terruño) como a las de formación académica, que han permitido *extender* a los poetas el horizonte de su *tradición literaria* e intentar *traicionar su propia tradición*,³ es decir, abandonar ciertas formas de lo *excesivamente vernáculo o folclórico*. Por tanto, esta selección de poetas y poemas no representa, *per se*, una muestra de *poesía chiapaneca* o una *poética provinciana*. Los poetas reunidos aquí tienen las más de las veces la ambición de una *literatura total* en su escritura: la muestra constituye más una *provincia poética*, una ínsula de nómadas que han podido encontrar descanso de su largo y azaroso viaje por la poesía en estas páginas.

Al realizar este trabajo consideré como punto de partida el año de edición de *Los abismos de la voz* (1997), de Ulises Córdova, y como punto de llegada temporal *4 piezas danesas* (2008), de Juan Carlos Cabrera Pons, en proceso de edición, lo que representa once años de poesía publicada por chiapanecos. Así, durante los últimos cinco años he compilado y rastreado libros, antologías, revistas, periódicos, suplementos, blogs, noticias de la internet, etc., que incluyen el trabajo de poetas nacidos en Chiapas a partir de 1970; efectué viajes a Chiapas (zonas Centro, Altos, Selva, Norte, Frailesca, Fronteriza, Sierra, Istmo-Costa y Soconusco), Puebla, Veracruz, Estado de México, Jalisco, y visitas a numerosas librerías de otros estados y del Distrito Federal, con el objetivo de conocer al mayor número de poetas chiapanecos nacidos a partir de ese año, entrevistarme con ellos y, principalmente, entablar un diálogo con su oficio, su escritura.

Para referirme a la cantidad de poesía escrita por chiapanecos nacidos a partir de 1970 utilizaré las palabras de Gabriel Zaid: “la selva no deja ver los árboles.”⁴ Vale recordar aquí que esta selección no es una antología ni una asamblea, es apenas una muestra mínima para el espacio limitado de una revista de literatura. Por eso, sin discriminación de género, religión, etnia, preferencia política o ideológica, me di a

³ Balam Rodrigo, “Novel poesía de Chiapas. Por una poética de la traición”, texto leído en el Encuentro de Escritores del Sureste, en el marco de la 1ª Feria Regional del Libro Chiapas 2005.

⁴ Gabriel Zaid, “Noticias de la selva”, en *Obras de Gabriel Zaid. Ensayos sobre poesía*, vol. 2, t. 2, El Colegio Nacional, México, 1993.

la tarea de leer, evaluar y seleccionar poemas y poetas con el criterio *lector* más parcial y objetivo posible. Entre los poetas seleccionados no figuran mujeres, pues no encontré alguna que tuviera una obra poética consistente, lo que, a decir verdad, es materia de reflexión. Como ejemplo podemos tomar la *Antología arbitraria de poetas jóvenes de Chiapas* (2005) que reúne el trabajo de treinta y ocho poetas. Incluye diez mujeres; nueve nacieron en los años setenta y una en los ochenta; tres de ellas tienen un verdadero compromiso con el oficio de la escritura, pero sólo una (Juana Karen Peñate) continúa escribiendo poesía; las otras dos han optado básicamente por la narrativa: Nadia Villafuerte (cuento, novela) y Damaris Disner (dramaturgia). Otro ejemplo de este fenómeno es *Los abismos de la palabra. Antología intercultural de literatura chiapaneca* (2005), que congrega el trabajo de cincuenta y un escritores, dieciséis de los cuales nacieron en las décadas de 1970 y 1980; únicamente seis son mujeres, y entre ellas figuran, otra vez, Juana Karen Peñate, Damaris Disner y Nadia Villafuerte, esta última antologada con un cuento, no con un poema. De las restantes tres, son poetas únicamente dos: Miqueas Sánchez y Ruperta Bautista. Pero el vacío de poesía escrita por mujeres nacidas en Chiapas puede *leerse* también a través de las antologías y muestras de poesía mexicana más recientes que incluyen a poetas nacidos en los años setenta y ochenta del siglo precedente: *Un orbe más ancho. 40 poetas jóvenes (1971-1983)*, “En el vértigo de los aires. Muestra de poetas nacidos en la década de 1980” (*Alforja*, 2006) y *La luz que va dando nombre: veinte años de la poesía última en México 1965-1985* (2007) no cuentan entre sus poetas mujeres a ninguna chiapaneca, siendo el porcentaje promedio de mujeres incluidas, 20.4%; incluyen, eso sí, a siete de los trece poetas chiapanecos considerados en esta muestra; el porcentaje promedio de hombres incluidos es 79.5%.

A pesar de ser Chiapas un estado multicultural y multilingüe, hay una ausencia de poesía escrita en alguna de las lenguas originarias de la entidad en esta selección. Es muy importante señalar que las y los poetas hablantes de lenguas indígenas (que son doce más

las variantes, los *dialectos*) en muy pocos casos escriben *directamente* en su lengua materna. Escriben poesía primero en castellano, para luego realizar la *versión* de sus poemas a su idioma original. Esto me parece muy artificial. Así, en la medida en que los hablantes de lenguas originarias de Chiapas escriban poesía *directamente* en su lengua materna y de ésta hagan las versiones al castellano, integrando el total de su cosmovisión a las tradiciones poéticas indígena y occidental en el oficio de su escritura, hasta entonces podremos ver el gran potencial que tiene su literatura: el verdadero paso de la *oralidad* a la *literariedad* y un mayor anhelo de universalidad.

El criterio de selección de los poetas fue lo más objetivo posible. Elegí el trabajo de quienes han asumido un compromiso vital con la palabra y han logrado construir un universo poético personal de alto valor estético, un lenguaje literario que aspira continuamente a la originalidad, la autenticidad y, sobre todo, a fundar una poesía verdadera, propia de nuestro tiempo. Otro criterio importante para la selección fue que el trabajo de estos poetas es desconocido o casi desconocido en Chiapas. Del mismo modo, la elección de *trece* poetas obedece a una feliz coincidencia, ya que los antiguos mesoamericanos concebían el universo en tres niveles: el celeste, el terrenal y el inframundo —representados por una ceiba como *axis mundi*—, correspondiendo al escaño celeste del universo mesoamericano *trece niveles*. Al ser Chiapas parte de Mesoamérica, reparé en que el número 13 —contrario al mundo occidental— es una magnífica señal para la tarea emprendida y un símbolo de nuestra identidad.

A mi parecer, la vitalidad de la poesía de los autores incluidos aquí se debe a la considerable heterogeneidad de esta generación, y a que, en contraste con las precedentes generaciones de poetas chiapanecos, todos han cursado estudios universitarios. El caso de los poetas chiapanecos nacidos en los setenta es curioso, ya que de ellos, únicamente Bernardo Farrera Vázquez ha tenido formación universitaria en una institución chiapaneca. Los otros han desfilado por diversas instituciones —la UNAM, la BUAP, la Universidad Veracruzana, la Universidad de Santa Bárbara en California,

la Universidad de Boyacá en Colombia o la Universidad de Salamanca en España. Esto puede deberse, probablemente, a que el proyecto de universidad pública no se consolidó en Chiapas sino hasta finales de los años noventa del siglo pasado (quizá posterior al surgimiento del EZLN, en 1994) y muy a principios de este siglo. Por el contrario, es interesante ver que de los seis poetas nacidos en los ochenta, sólo uno de ellos ha estudiado fuera de la entidad y del país; me refiero a Juan Carlos Cabrera Pons, matriculado en la Universidad del Claustro de Sor Juana, en la Ciudad de México, y que también cursó estudios en Dinamarca.

Otro dato interesante es la especialización universitaria de los poetas de la muestra: nueve han estudiado literatura y, de ellos, tres han realizado estudios de posgrado en la materia; Luis Arturo Guichard es doctor en filología, Víctor García Vázquez es maestro en literatura mexicana e Ignacio Ruiz Pérez es doctor en literaturas hispánicas. Hay pues, una marcada profesionalización del ejercicio literario. Es muy probable que, debido a su paso por la universidad, los poetas chiapanecos de esta generación tengan mayor conciencia crítica y la aspiración a una *literatura total* (gran parte de ellos incursiona, con éxito, en otros géneros), misma que ha desacralizado y desmitificado el nombre de *poeta*, tan caro a la *tradición poética* de Chiapas que obsesivamente se ha inclinado por el culto a la personalidad y la construcción de mitos alrededor de los *poetas*, pero que escasamente se ha preocupado por el ejercicio crítico de *su* poesía.

Las palabras de Ignacio Ruiz dan luz sobre la vocación literaria de los poetas incluidos en la muestra:

Más que a filiaciones y propuestas de grupo, los escritores chiapanecos recientes tienden a una sana dispersión y variedad de tonos y registros. Aunque no prevalece una sola línea formal y temática, sí se puede apreciar un rasgo común: las características de las obras revisadas parecen confirmar que la última poesía chiapaneca apunta hacia una búsqueda del conocimiento pleno de la experiencia poética y de sus posibilidades expresivas, y no a la prolija exploración del paisaje (climas, espacios) del trópico o del color local. De ahí que todos los escritores mencionados en este panorama tiendan a ver el poema como un continente verbal: un

topos reflexivo donde el creador asume la factura del texto o de los referentes que le sirven para formar espacios creativos personalísimos, o simplemente para (de)construirlos a partir de la parodia y del homenaje. Esta actitud entraña un acto de conciencia frente al idioma, pues los creadores recientes de Chiapas se concentran en el poema como *topos* de reflexión y se adscriben a la idea de que ese espacio es eminentemente textual: un continente de palabras.⁵

Las páginas de este *dossier* están ilustradas por el artista plástico Ignacio “Nacho” Chincoya. Chiapaneco también, su obra rompe con la obsesiva tradición costumbrista y folclorista local. De inclinación neoconceptual, los tópicos discursivos de su pintura y arteobjeto se centran en la enunciación de una poética de la infancia, la reapropiación de los objetos y fetiches del yo-niño (principalmente los juguetes) y la recuperación de imágenes, artefactos e iconos populares y domésticos que “pepena” todos los días para deconstruir el mundo y montarlo nuevamente en ese “cuento de hadas” inagotable de sus representaciones plásticas. Los fragmentos de las series *Tamagochi* (2002), *Bit acor acer ebral* (2005), *Robotchis* (2006) y *Nitanficción* (2007) dan cuenta del humor, la sátira, lo absurdo, lo nostálgico y lo metafórico de la obra de Nacho Chincoya, pero son, asimismo, una relectura y una visión del Chiapas actual —tan múltiple y heterogéneo— marcado también por lo urbano y lo posmoderno.

Dejo en manos del lector esta breve muestra de la poesía escrita por la más reciente promoción de escritores nacidos en Chiapas, que es, a mi juicio, la que dará mucho de qué hablar, leer y escribir en el futuro. Y ojalá disfrute tanto como yo la lectura de estos poemas. Terminó mis apuntes retomando, nuevamente, las palabras de Gabriel Zaid:

Si esta generación todavía no hace historia, ha hecho ya una poesía que confirma la buena savia de la selva, y que atrae por su riqueza, su misterio, su vitalidad ensimismada [...].⁶ P

⁵ Ignacio Ruiz Pérez, *ibid.*

⁶ Gabriel Zaid, *ibid.*



Adán, Eva y el perrito, de la serie *Personaje cercano*, acrílico, grafito, gis pastel / tela, 100 × 100 cm, 2004

Ulises Córdova

San Cristóbal de las Casas, 1970

Poética

He graduado el abandono a las pasiones, mermando la dosis lentamente. Adicto a la oscuridad, he tenido que abstenerme de la noche y conducirme por el día sin más sentido que el nocturno, a veces por el tacto. Me corté las palabras a la vez que el cabello, para que el silencio se me fuera notando en la cara. He roto mi espejo azotándolo contra mi rostro, hasta que párpados y catedrales se derrumbaron; y en la profundidad de un cántaro lleno del mar, he sumergido sangre y cristales que se agitan en demonios. Me quedo varias horas mirando un punto que puede ser el último punto del universo. Camino poco; cada instante sube, cada nube baja, desmiro cada transeúnte, cada milagro me sigue... y todo es un motivo más en el que aprendo algo viejo en que descreer, o en quien descreer. Me sostengo en lo poco que me estoy volviendo. Me contengo de loco que me iré quedando. Hoy por ejemplo: todavía creo en el dolor a primera vista; en el olvido como el suceso más importante de la historia, y por eso no hay nada más sensato que jurar olvido eterno. Hoy, alguien va a descubrir que ya nada queda en este mundo por traicionar; y el amor... el amor sólo es vaciar al otro de manera perpetua.

[...] me convertí en médico queriendo salvar cuerpos. Más tarde me convertí al cristianismo, queriendo salvar almas; y ahora heme aquí, queriendo salvar sueños [...].

Ulises Córdova. Psiquiatra de profesión, cursó el diplomado en literatura de la Escuela de Escritores del Espacio Cultural Jaime Sabines (Sogem, capítulo Chiapas). Dirigió la revista de literatura *Puente entre Islas*. Coautor del volumen colectivo *Tiempo a contrapunto* (UNAM/UNACH/Espacio Cultural Jaime Sabines, 1997) y autor de los libros de poesía *Los abismos de la voz* (1997), *Tiro de gracia* (Ediciones de El Animal, 2000), *Disfraces* (Ediciones de El Animal, 2001) y *Espiral* (Ediciones de El Animal, 2002). Obtuvo el Premio Estatal de Poesía Rodolfo Figueroa 2003 con el libro *Los invitados al festín de Tántalo* (Coneculta-Chiapas, 2004). Becario del Fonca en el periodo 2005-2006.



Estética de la sangre indeleble

*Tengo miedo de esas grandes palabras
que nos hacen tan desgraciados*

James Joyce

Este poema va a salvar al mundo
—escribe

¡pobre poeta!—
mientras todos los hombres
son el hombre que baja en la noche
al fondo del alma a remojar sus guerras
túnicas blancas manchadas de
sangre
que no se cansará de hablar

El hombre esconde sus muertos bajo tierra
pero es la tierra quien habla

tarde o temprano

la inmola en piras
pero el fuego se dobla

y lo delata

tira los muertos al río
y los huesos forman caligramas tristes
que los demonios de otros mundos
leen con profunda pena y cierto escalofrío

C-4 Abdicación al principado

(Misiva del Príncipe de las Tinieblas a Satanás donde, de algún modo, explica que la razón verdadera por la cual abdica al Principado es una bruja hermosa.)

Yo, Evián, que te ofrendé en hierofanía,
almas caídas por mi yugo y lanza,
perfeccionando el gen de la venganza
y el del horror a tu alta epifanía.

Como una perra para la matanza
concebí y amamanté a la Guerra un día,
la entrené para el fin de la esperanza,
y ha superado nuestra fantasía.

Empero, hoy dejo el mal y sus tinieblas,
renuncio a toda magia, al don de nieblas:
no es por amor que abduco al Principado;

¡aclaro! ni me ha hecho Dios converso,
ni el bien me quita oficios de perverso:
demonio adentro, *Ella* es quien ha triunfado.

C-16 Diablo adentro

Qué demonios pues, de rojo y alas de este diablo, que arde
y late amor tan sucio y triste, y se levanta en llanto y seña
a solas, por las noches, casi mal y casi ogro, monstruo
destrozado en su canción de sombra, lumbre
atragantándose en silencio de dragón atormentado,
y lentísima luna de carga; derramado amor

que es agrio y fétido como el vómito
 —para *surf*, buceo vil— de los borrachos,
 vulgar, mezquino como la razón
 donde se revuelcan los pretextos, los soldados. Y también los asesinos.

Qué demonios, que va rojo y bah alas de este diablo, palpitante
 pobre diablo, cintilando miedos de astro tímido, escondido
 entre líneas de este pecho tachonado con intentos y borrones
 de ti, los garabatos de tu rostro en crepúsculo
 drenado en las aurículas de este ángel caído y aleteante
 en mí, rabioso, izquierdo como la revolución
 entre costillas, pero enfurecido de sentirse
 enfermo terminal mi amor que tose

y a tientas camina, jorobado,

se acerca frankenstein abriéndose de las suturas, este amor
 que dispara adrenalina a la niña de tus ojos, huyendo como niña
 por baños lúgubres y largos como esos bosques de los cuentos
 de terror: amor de hotel otelo
 y cena y cielo,
 amor de celo, encelo y cama, pero amor, amor de(s)cierto.

Y diablo adentro,
 enloquecido en el altar de la mitral
 y el tálamo en demonio de rodillas recogiendo
 las letras de tu nombre para armarse de tu voz
 que reparar no puede las diabluras de este mal nacido,
 ni sabe corregir estos latidos, presidarios
 en este corazón maldito como un ángel
 al que miras como se mira al más repugnante
 de los pederastas.

Qué demonios pues de feto vuelto loco
 en el miocardio manicomio,
 el de este amor que nace cada noche, amargo, como esos niños
 que nacen inválidos y mueren,

mi amor deforme como la mola cancerígena, esperpento dando
un espectáculo circense, mi amor el peor de los engendros
imaginados sólo por la santa inquisición,
cómo pues, tendrá derecho —mi amor— a entrar con sus presencias
groseramente sucias a tu templo, con sus gotas negras
a manchar el blanco discurso de tu piel
y de tu historia, desenfocar la luz subliminal de tus ideas
y desordenar la transparencia de tus ratas.

Qué demonios de alas y de rojo en verbo impuro
que se atreve a ser en este amor que llega,
me viene del diablo más profundo,
del primate más antiguo y más salvaje, del peor de los infiernos
por todos tan temido, sacro amor y sin embargo ateo, dime,
cómo va a creer en dios si es diablo adentro el que lo aviva,
bestia en llamarada pero fuego malherido, incendio en epilepsia
pero fuego
con un sueño en busca de tus manos
para despertar, sentir, enloquecer, del diablo adentro que lo agita,

qué ridículo este corazón que se afana en la limpieza,
de hábitat y encierro natural de su basura y desperdicios,
donde cree —pobre amor— que se hizo gente este veneno, mío;
pan este demonio, dentro;
qué demonios de ventrículo mal remendado
y remedado ventrílocuo que sangre oficia, y habla
desde un dolor que nunca da la cara
y no por pena,
sino por la pena de ser muy feliz y oscuro
como dios poeta; pero triste, sólo un pobre y triste diablo.

Víctor Cabrera

Arriaga, 1973

Poética

Poética del peatón

“Maduro así / —peatón— / hacia mis lindes, / entro en calor, / inventan el mundo mis pisadas: / de la acera nacen cosas, / nombres de agua / (madurar es hacerse de palabras).” Escribí estos versos hace algún tiempo con la paradójica certeza del que tiene una visión: andar es descubrir un orden oculto. No ignoro, entonces, de dónde surge el numen: me viene de los pies. Escribo, para decirlo pronto y pedestremente, con las patas. Son esos, los evolucionados miembros del mono que a veces soy aún, los que, al imponerme su ritmo, me revelan la tangibilidad del mundo.

Si a algo, andar es para mí una invitación a contemplar, es decir, a “poner la atención en algo material o espiritual” (como explica la Academia), ya sea en el paisaje que me contiene, junto con árboles, vehículos, pájaros y millones de semejantes, como una más de sus minúsculas partículas, o en ese otro que, oculto en las profundidades de mi alma, me hago en mi cabeza y desde el cual tomo conciencia de mí como habitante de aquel entorno.

Caminar es, pues, fijarme, no sólo en el sentido de advertir y darme cuenta de lo que me rodea, sino en el de materializarme y saberme vivo, aquí y ahora, por la vía del puro movimiento y de la observación. Observación y movimiento que, al ser dotados de una cadencia particular, se me traducen en palabras que a cada paso —y lo digo literalmente, con pleno conocimiento de causa— cambian de forma y de lugar hasta colocarse en el sitio —exacto a veces, aunque otras no tanto— desde donde la revelación es posible.

Emprendo la marcha con la emoción y la angustia con que otros afrontan la hoja o el monitor en blanco y, como ellos, a veces yo también vuelvo decepcionado y exhausto del paseo.



Víctor Cabrera. Es autor del libro de fábulas y ficciones breves *Episodios célebres* (Instituto Mexiquense de Cultura, 2006), de la plaquette *Diez sonetos* (edición de autor, 2004) y del poemario *Signos de traslado* (Juan Pablos / Leer y Escribir, 2007). Ha colaborado en distintas publicaciones periódicas como *Luwina*, *Alforja*, *Revista de la Universidad de México* y *Punto de partida*. Fue becario, en el rubro de poesía, del programa Jóvenes Creadores, del Fonca, durante el periodo 2006-2007.

Donde se ensalzan las virtudes de un plato de mariscos

¿Se habría El Bosco siquiera figurado
tal jardín rebosante de delicias
do el camarón penetra, con sevicia,
a la almeja de abrigo recatado?

¿O habría El Florentino imaginado
al patrón del averno, con pericia,
juntar a la lujuria y la malicia
en la oleosa textura de un bocado?

Aquí gambas, tentáculos, ventosas,
de Neptuno sensuales elementos,
rozan su carne tersa y, como rosas,

ábrense al paladar con el aliento.
Vuelve la vida al germen de las cosas:
cesen de la impotencia los tormentos.

Ostionería Mazatlán
Invierno 2002

(de *Diez sonetos*)

Moraleja

Vivir así es hacerlo
a filo de navaja
y el miedo
sólo un vértigo en la sangre

y poco ayudan en la lid
la edad
y el excesivo tonelaje

más valdría
volvemos al reposo
al recuerdo de noches menos arduas
cuando era el músculo
un émbolo aceitado
moldeado en el rigor
contra las cuerdas

(lo mismo el gladiador
que la puta de abolengo)

Pero el cuerpo llega el día
en que da de sí
se expande
los goznes se le herrumbran
las bisagras
se avinagran
la carne y los humores
y el alma

...mejor no hablar del alma

Rudos vs Técnicos

Donde se hallen enemigos ellos son
los más fieros que se hayan enfrentado,
pues el odio del uno a otro costado
les habita el rencoroso corazón.

Quien los ve batallar en el cuadrado
proscenio de la arena no pensara
que aquello que los une y los separa
la sangre es que los siglos no han secado.

Lucharán hoy a dos de tres caídas,
el encono, si nuevo, siempre el mismo,
abrirá esta noche las heridas

que dejara el fraterno cataclismo.
¿Podrá Abel derrotar a su homicida,
o Caín renacer desde el abismo?

(de *El libro de la arena* [inédito])



Luchador, de la serie *Personaje cercano*, acrílico, grafito, gis
pastel / tela, 100 × 100 cm, 2004

Mudanza de las cosas

Toda llegada anticipa una mudanza,
cada sangre se sostiene en su latido
—y en ese fluir se advierten los signos del traslado.

Apenas su tosca mansedumbre pisa el suelo,
las cosas urden ya la escapatoria:
en sus vetas la madera traza rutas de salida,
dibuja el tiempo en el tapiz de los sillones
el mapa y la escalera.

No envejece en su sitio la moldura:
madura la ilusión de un nuevo muro
hasta el día en que
—podrido—
cae un fruto del cemento.

Casa vacía

Liberada del peso de las cosas
la casa es apenas su recuerdo:
un cubo inhabitado de memoria,
el vacío escondido tras el eco...

Y el eco, ¿la sombra sonora de qué cuerpo?

(de *Signos de traslado*)



Composición Q, de la serie *Tamagochi*, acrílico, grafito, gis
pastel / tela, 45 × 40 cm, 2002

Luis Arturo Guichard

Tuxtla Gutiérrez, 1973

Poética

Caligrafía

*A veces pienso (pero el orgullo
me censura de inmediato)
que a mí lo que en verdad me gusta
es ver la tinta corriendo cuesta abajo,
cruzando de uno a otro cuaderno.
Ver cómo aparecen calles que sólo reconozco
si las miro desde la altura de un niño en triciclo,
sentir otra vez aquel aire en la camisa
que hace años perdió los puños y la vida,
sentarme en plazas a las que no sabría volver
leyendo por primera vez el mismo libro.
Cosas simples que no requieran literatura.
A veces pienso que eso es lo que quisiera:
ser un buen calígrafo que extiende las letras
como mapas por los que se puede caminar
con el paso alegre del que no ha extraviado su camino.*



Luis Arturo Guichard. Filólogo, traductor y ensayista. Actualmente es profesor titular de Filología Clásica en la Universidad de Salamanca, España, donde se dedica al estudio de la literatura griega, su transmisión y recepción. Entre los trabajos propios de su especialidad destaca la edición comentada de los epigramas y fragmentos del poeta helenístico Asclepiades de Samos (Berna, Peter Lang, 2004). Ha publicado numerosos poemas, ensayos y traducciones en revistas como *Biblioteca de México*, *Tierra adentro* y *Letras libres*. Es autor del libro de poesía *Los sonidos verdaderos* (UNICACH / Juan Pablos, México, 2000) y del libro de ensayo *Hacia el equilibrio. Lecturas de poesía española reciente* (UNICACH / Juan Pablos, México, 2006). Su próximo poemario, *Nadie puede tocar la realidad*, será publicado a finales de este año.

El camino hacia arriba y hacia abajo

Asomado al lago he visto dos caminos.
 Uno comienza en mi habitación y crece,
 se convierte en calle, árbol frondoso,
 paseantes en Hyde Park, ciudad, país,
 galaxia, que armónicamente se multiplican
 dejando caer a su paso, como al desgaire,
 lo que después llamaremos tiempo.

El otro comienza en ese algo sobre nosotros,
 lúcido y visible cuando toma forma
 de Osa, Gemelos y Cochero,
 se empequeñece de pronto, se rinde,
 se convierte en galaxia, país,
 Charleville, mi habitación, este recuento.
 Se encoge como el adulto al que agobia su poder
 y se refugia en un caramelo.

No hace falta Heráclito para saber que los dos
 caminos son uno y el mismo.

El camino hacia arriba y hacia abajo
 es bastante menos que dios
 pero es mucho más de lo que necesito.

El orden de las cosas

Todo estaba repartido desde el principio
A la jirafa, un corazón de pozo profundo
A Ulises el divino, los nudos de su balsa
A cada siglo, su propio cuchillo afilado
A cada máscara, un solo personaje
Al agua, no pasar del cuello
Al vértigo, la inmovilidad si la desea
Al llanto de Demócrito, la risa de Heráclito
A los amigos, más de lo posible
A la hija única, todas las fotografías de su madre
A los padres de todos, que nada cambie demasiado
Al día, la amenaza del infinito
A las vacas de peluche, el mito de Europa
A la tierra plana, otras cosas bellas que no existen
A la ciudad, un círculo, una línea y buena suerte
A los libros, que valgan al menos lo mismo
que un minuto de realidad
Al camello, el reino de los cielos directamente
Al lugar en que se nace, una maleta con brújula
Al lugar en que se muere, otra (y juro que existen)
A la mierda, tantos años de hambre
A Narciso, un estanque limpio
A los caminos laterales, que se vuelvan centrales
(y a los centrales, que se vayan de fiesta)
A la luz, ser monopolio de un solo sentido
A los amantes, hacer largo su viaje
A los poetas jóvenes, tres manuales de métrica
A los poetas mayores, ver lo que veía Rilke
A la alegría, una manzana, un Buda y un relámpago
Al azar, todo lo demás

Día de la creación

El día de la creación no pudo ser creado directamente
 Primero había que crear algo, cualquier cosa, que lo precediese
 Entonces fue creada —supongamos— la trompeta de jazz
 Que a su vez fue precedida por el músico
 Que a su vez fue precedido por su padre y su madre
 jóvenes y juntos dentro de un Fiat 1930
 Que a su vez fue precedido por un camino
 Que a su vez fue precedido por un bosque
 Que a su vez fue precedido por lo que sea que lo precedía
 —la tierra, el eje, la galaxia o las enanas blancas—

La verdad es ésta: la creación sucede marcha atrás.
 Así se comprende todo perfectamente.



Piedra y pantalón, de la serie *Tamagochi*, acrílico, grafito, gis pastel / tela, 45 × 80 cm, díptico, 2002

Animal que sí existe

Sí lo he visto, ese animal todo fundamento,
erguido y desafiante lo he visto, oliendo
el mundo con la seguridad del que está en su coto.
No tiene una forma definida, simplemente
se le siente cuando se pisa su territorio.
Es ante todo un animal de fuerza y de soberbia,
como corresponde al que no teme,
no sigue a nadie, no tolera a nadie, está sólo para verse
a sí mismo y sólo a él obedecerse.

Sí, he visto al animal platónico, elemental y vivo.
Tenía los ojos de él, inquisitivos y burlones;
de ella era al menos la nariz (notable pero bella);
las pisadas eran fuertes de los dos y el resto
se repartía conforme los iba uno conociendo.
Desde que su propia fiereza los separó
están buscándose de nuevo él y ella.
Esa búsqueda es lo único que le queda a cada uno
del animal magnífico que formaban juntos.

Víctor García Vázquez

Escuintla, 1975

Poética

La poesía es mi machete

Mi infancia fue una selva tropical y un machete; una familia numerosa y una soledad inabarcable; un aguacero de mitos y leyendas y un almacigo donde cultivábamos el lenguaje. Mi infancia no estuvo llena de odios ni rencores, no conoció la vanidad ni la avaricia, ni la ambición ni la violencia; sólo el miedo habitó mi infancia: el miedo a quedarme callado, a tragarme las palabras, a indigestarme de vocablos. Aquella selva tropical me heredó aromas, colores, onomatopeyas... El machete me sirvió para formarme una idea del ritmo y de la forma: a machetazos firmes he tratado de educar mi torpe oído. En la casa paterna éramos tantos hablando al mismo tiempo, que nunca pudimos escucharnos. Escribir es escucharse a uno mismo antes de hablarles a los otros. La lluvia de leyendas fertilizó en el limo de mi memoria y cada día florece en mi lenguaje. Escribo poemas para alcanzar al ser humano; escribo versos para hallar al otro que soy, al otro que quiere ser mi hermano. Nada persigo con la poesía sino a la Poesía misma. No anhele escribir el gran poema sino un Poema verdadero. Escribo poesía porque tengo miedo del silencio, porque hay una selva que ya no cabe en mi memoria y un ruidorío sonando en mi cabeza.



© Arcenia Soriano Marín

Víctor García Vázquez. Ha publicado un libro de ensayo: *Mujer de niebla* (Premio Nacional de Ensayo 2001); dos de poesía: *Ratces de tempestad* (Editorial Daga, 2001) y *Tejidos* (Lunarena/BUAP, 2003), y cinco libros de texto sobre redacción (Bookmart) y literatura (MacGraw Hill). Ha sido antologado en *Puebla, la ira de Dios* (Secretaría de Cultura de Puebla, 1999), *Espiral de los latidos: poesía joven de la zona centro del país* (Fondo Regional para la Cultura/Conaculta, 2002), *Sirenas y otros animales fabulosos. Antología poética* (Poesía en el andén, Alforja, 2006), *Miscelánea erótica* (BUAP, 2007), *La luz que va dando nombre: veinte años de la poesía última en México* (Secretaría de Cultura de Puebla, 2007); y en el libro de ensayos *Aristas: acercamiento a la literatura mexicana* (BUAP, 2005). Publica crítica literaria en diversas revistas y periódicos nacionales.

Vuelta del Húngaro

Siempre me gustó lavarme la cara con agua sucia
 pues a la mugre que no se quita
 no hay por qué andar cumpliéndole caprichos.
 Pero nunca un agua tan hedionda y colorada
 como aquella que nos dieron en Porvenir Chiapas
 un día cerca de Semana Santa.
 Tiasas me quedaron las manos y la cara
 Tieso también el corazón de tanto frío.

Íbamos de regreso hacia la costa
 después de andar semanas en la Sierra Madre.
 Días sin dormir lo suficiente,
 de comer demasiado poco y caminar descalzos
 entre los oscuros cafetales.
 Días de masticar bejucos de agua
 para mitigar la sed y burlarse del estómago.

Ni mi padre ni yo teníamos miedo de andar en el monte
 No nos atrevíamos a ser cobardes
 Sabíamos que entre la selva y los cafetales
 el peor enemigo es el miedo
 Uno puede quedarse loco para siempre
 o ser víctima de sus propias calamidades.

Nos urgía llegar al corazón del Soconusco
para ver la representación del Viacrucis
pero eran cientos los kilómetros
y muy espesa la selva que nos separaba.

Al fin mi padre decidió que nos sentáramos
a la orilla del camino
a esperar un carro que nos llevara de regreso.

A media noche escuchamos el motor de una camioneta
y nos levantamos sacudiéndonos el cansancio
Mi padre habló con ellos y llegaron a un arreglo
Súbanse, cabrones, dijeron los hombres,
que venían borrachos de tanta noche.

“Más adelante están tirando caballos muertos,
pasando la Vuelta del Húngaro;
quizá los veamos en la madrugada”
dijo el chofer: un indígena mame
que tenía los dientes tapizados de oro.

Acomodé un costal en la redila,
y me dormí cobijado por la viscosa neblina
y arrullado por el golpetear de la terracería.
Al clarear el alba desperté
mareado por un profundo hedor que subía del barranco.

Un poco más tarde,
cuando dábamos vuelta en una curva,
vimos levantarse inmensas nubes de zopilotes.
Un cielo negro y hediondo
que ofuscaba y escocía la vista
Un cielo enzopilotado
que lloviznaba vísceras de caballos.

El chofer no podía avanzar rápidamente
porque los carroñeros volaban muy bajo
o devoraban tripas en medio del camino.

Una peste se instaló en mi estómago
dejándome un dulzor de piloncillo.

Un caballo muerto es un pueblo pudriéndose,
nadando y ahogándose en su propia mierda.
Dos: son un infierno derramando azufre.

Durante varios kilómetros seguí viendo la negrura
y oyendo el ensordecedor zumbido.
Al llegar a la costa
las olas del mar eran alas negras
de zopilotes que se empujaban
para dejar su vómito en la playa.

En el Viacrucis creí volver a ver los caballos muertos
y a los zopilotes devorando carroña;
pero era la imagen de Jesucristo
que llevaban cargando las mujeres enlutadas.

Desde aquella visión de la Vuelta del Húngaro
no se me quita el dulzor en mis entrañas.
Y nunca han dejado de planear sobre mi cabeza
nubes cargadas de tripas y excremento.



Sapo y mamá rana, de la serie *Tamagochi*, acrílico, grafito, gis pastel / tela, 45 × 80 cm, díptico, 2002

San Jorge

Boca abajo encontraron en el lodazal
 al primo Margarito
 A quien todos conocían con el apodo de san Jorge
 porque nunca se bajaba del caballo.
 Con cien machetazos en el rostro
 y cuatrocientos más por todo el cuerpo,
 era un enorme pez en filetes
 que causaba dolor y mucho asco.

A mediodía parecía una escultura de barro
 con ojos de sangre viva
 y labios amoratados.

Esta muerte es por amor, decían unos
 Otros afirmaban que fue por pleito de borrachos,
 tal vez una partida de naipes,
 una mentada de madre en el palenque
 o una mirada a la mujer de otro.

Nadie vio a los asesinos
Alguien dijo: yo escuché ruidos en la noche
pero pensé que estaban leñando
Se oía como cuando tiran una ceiba
a puro machetazo.

Su caballo no aparecía
Sólo estaban las huellas de sus cascos en el lodo
Una de sus hermanas las fue siguiendo por todo el vado
pero pronto perdió el rastro
y regresó con lágrimas
y nunca volvió a pronunciar una palabra.

Cuando las moscas azules llenaron de terciopelo
la cara de Margarito,
el juez decidió que levantaran el cuerpo
y el dolor de los hermanos lo llevó cargando en hombros.

No le quitaron el limo para enterrarlo
porque temían no encontrarle el rostro
o quizá encontrarlo irreconocible.
La tierra debe volver a la tierra:
dijo su madre en el sepelio
mientras le aventaba terrones al ataúd
y se oprimía el corazón para no sepultarse con su hijo.

Varias semanas después
cuando llegaba la medianoche
nos levantábamos asustados
porque oíamos relinchos en el patio
y cascos que martillaban la piedras.

Como en un romance de García Lorca:
“Un caballo malherido
llamaba a todas las puertas.”

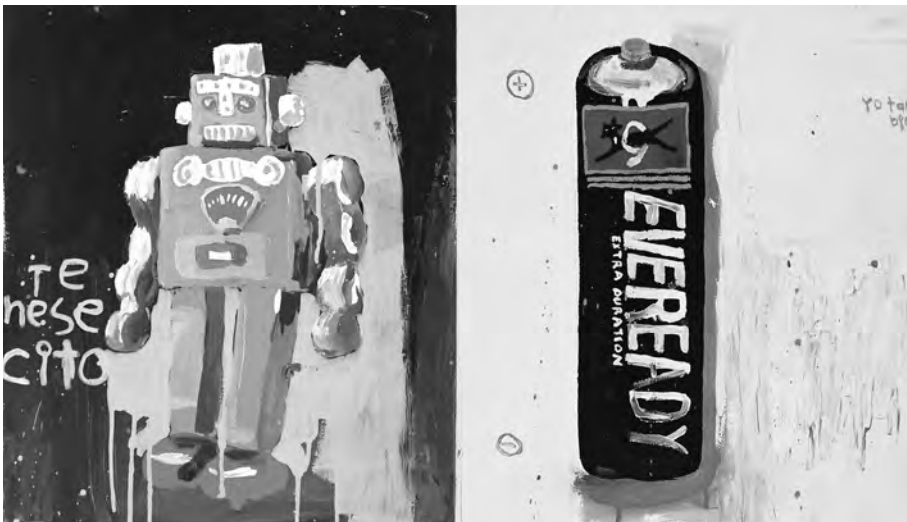
Ignacio Ruiz Pérez

Tuxtla Gutiérrez, 1976

Poética

Nota

Cada libro o proyecto tiene su propia poética en tanto responde a necesidades expresivas de ese poemario. Y cada libro es una partitura que se ciñe a ciertas obsesiones que funcionan a manera de variaciones y fugas. Una de mis mayores obsesiones es reflexionar sobre la duda como impulso creador: la arbitrariedad del lenguaje y su cualidad de artificio (signo), el verso en blanco, la ausencia de la invocatio como “recurso para el discurso”. Dicho de otro modo, la conciencia de que todo, incluyendo el verso, es discontinuo: no esto es aquello (o mismidad), sino ¿esto es aquello? (principio de alteridad y duda). Sin embargo, debo señalar que también veo ese espacio como potencia creadora, como espacio liminal o gestante dable de ser nombrado. Quizá en ello radica el misterio de ese silencio pautado que es la maravilla de la palabra.



Robot y pila, de la serie Tamagochi acrílico, grafito, gis pastel / tela, 45 × 80 cm, díptico, 2002



Ignacio Ruiz Pérez. Realizó estudios de licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Universidad Veracruzana. Es doctor en Literaturas Hispánicas por la Universidad de California, Santa Bárbara. Ha recibido, entre otros, los siguientes reconocimientos: Premio Nacional de Poesía José Gorostiza 2004, Premio Regional de Poesía Rodolfo Figueroa 2005 y Premio Nacional de Poesía Joven Salvador Gallardo Dávalos 2006. Es autor de los libros de poesía *Navegaciones* (Coneculta-Chiapas, 2006) y *Deslizamientos* (Instituto Cultural de Aguascalientes, 2007). Desde 2005 es profesor-investigador en la Universidad de Texas, Arlington.

Avíos de equitación

1. Espuela

La espuela se adhiere al calzado para acelerar el viaje y el paso del rocín. Si en el camino media una cuesta, una ladera o una encina, demora el viaje o lo prolonga.

La espuela es también una espiga sin vaina, un sol sin planetas. Su sistema solar muerde el movimiento y si se detiene es para articular el vacío: el jamelgo retrocede, gira o se pone a andar en el empedrado. Pieza de artillería, en su brevedad se concentra el peso del mundo.

Aunque suele confundírsele con el espolón, los gallos saben que la espuela no se hincan en el cuello y que su cáliz amargo sirve para hostigar el pie del andante, semilla de madroño, germen espurio, pausa en la hoguera del día.

2. Brida

*Para Luis Gómez Lang
y María José Rodríguez*

Aunque el paisaje se mueve, el jinete permanece fijo cuando coge entre sus manos las riendas del aire, el canto de los petirrojos, el murmullo del agua. De ahí que retroceder y marchar hacia el

frente sea una cuestión de método: se avanza para podar matorrales o bien para descubrir la cueva donde se oculta la perdiz. En cambio, se retrocede para recuperar el trazo de la presa o la brizna de encino que el pensamiento del jinete rompe con su paso alado.

3. Silla

“Para nacer, poca tierra; para morir, toda la tierra”, piensa el caballero al dejarse caer sobre la montura para seguir la sombra fugitiva del ciervo. El jinete se abre camino entre zarzas, bellotas y vados; no obstante, sólo el mediodía confirma su andar a ciegas en un corro de ángeles caídos.

Con el fin de la tarde, el jamelgo piafa y el vuelo torpe y suicida de los gallos impide que el jinete contemple el paisaje más allá de sus narices. Entonces la montura (tierra partida en dos) describe una honda profecía que acaso tenga más que ver con el desconcierto del caballero que con la presa que sigue como si en ello se le fuese el alma.

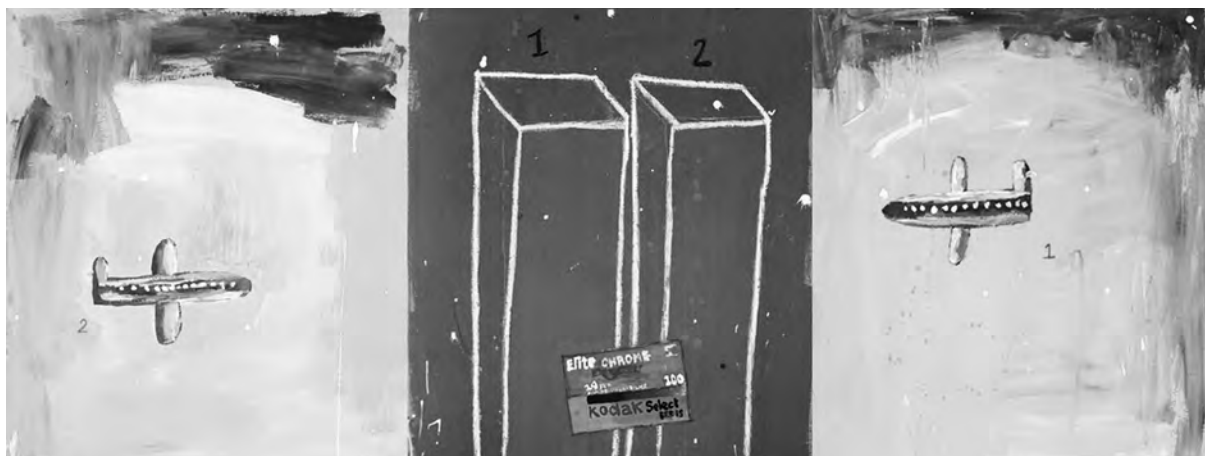
4. Cincha

En su red de curvas y perpendiculares hay algo de la trayectoria que rompe los cascos del rocín; hay algo, también, del cráneo que

sirve de tiesto en una ventana cuando el sol entra a saco y se escucha su titilar —esperma de ballena. Si algo sorprende de la cincha es su voluntad de asirse al cuerpo nublado del corcel aun cuando su fijeza es deslizamiento y rizo que se deshebra al paso del sol. Pero más sorprende que la faja sea semejante a la ruta que el jinete descubre en sueños y que, por una mala pasada, la silla hile un juego de luces y flamas, malabar en la tierra, clase de solfeo en piano roto.

5. Estribo

El estribo es un reflejo de la tierra: semeja valles y montañas, y sobre todo confirma que el destino del jinete es el suelo. Bien mirado, el estribo es lo único que ata al caballero a la tierra que lo vio nacer. El pie, fino estilete, se introduce para degollar el crepúsculo y dar inicio a la batalla contra la inercia de la caída. Por eso el jinete emplea el estribo como quien se apoya en una escalera, no para ascender sino para retardar el desvanecimiento de su cuerpo sin nadie en la grava del camino.



Torres gemelas, de la serie *Tamagochi*, acrílico, grafito, gis pastel / tela, 45 × 80 cm, díptico, 2002

Orfeo *revisited*

Yo avanzo y no encuentro más que vacío,
ruinas de una ciudad en llamas

todo pasa en mi memoria:
el claro envés de la tarde, el tibio silencio,
las palabras no proferidas...

yo soy en medio de los restos:
aunque descubro los contornos
de edificios, muros y parques,
a veces, sólo a veces,
consigo adivinar su nombre

una imagen enciende mis ojos,
el silencio se aclara y deja pasar el sol,
de pronto un anuncio de borrasca
deslía la frase y retorna la tarde

yo soy mudo porque mi lengua
se enreda en las cosas;
también soy ciego porque aun con la luz encendida
mi paso es lento y torpe mi vigilia

sólo cuando desvío la mirada
se enciende mi pensamiento
y vuelvo a ver los edificios, los muros
y los parques de la ciudad en llamas.

Bernardo Farrera Vázquez

Berriozábal, 1977

Poética

Hablar de poética es hablar de una zona oscura y silenciosa o blanca y ruidosa, que después de tanto hablar y callar, de hablar y volver a callar, definimos como poética. Los primeros versos, si somos exigentes, no son tales, algún intento, de Neruo, de Neruda, de Sábines. El primer asomo de poesía como en todo ser humano es el asombro del mundo. A quien en verdad es poeta, este asombro debe sobrevivirle hasta la muerte. Después viene el descubrimiento de la magia del lenguaje, las nuevas formas que, si son nuevas, pronto arraigarán y se convertirán en un lugar común. Para escribir poesía es necesario tener necesidad, quien no necesita escribir poesía pierde el tiempo. ¿Necesidad de qué? Se preguntarán muchos, pues tampoco lo sé, por eso escribo poesía. Quizá este pequeño poema logre arañar lo que no he podido decir:

*Qué digo
Por qué digo lo que digo
De dónde viene lo que digo
No sé
Sin embargo estas palabras son como
Después de la noche un sol
Habiendo atravesado un pantano tierra firme
Una caña de pescar salvando del naufragio al pescador.*



Bernardo Farrera Vázquez. Poeta de formación autodidacta. En el año 2001 cursó el Seminario de Poética impartido por el poeta y ensayista Gustavo Ruiz Pascacio. Obtuvo el segundo lugar en el Premio Estatal de Poesía Juan Bañuelos 2003 (Juegos Florales San Marcos Tuxtla) y el Premio Latinoamericano de Poesía Benemérito de América 2004 —categoría estudiantil— con el poemario *Los istmos de Eros* (UABJO, 2004). Fue becario del Programa de Estímulo a la Creación y el Desarrollo Artístico (Coneculta-Chiapas) en el área de poesía en 2005. Actualmente estudia la licenciatura de Lengua y Literatura Hispánica en la Universidad Autónoma de Chiapas.

Poemas del oficinista ocioso

(fragmentos)

1

Soy un oficinista ocioso.
 Estoy en el pozo de los ascensos.
 Soy el primer peldaño de abajo hacia arriba
 y el postrero inversamente hablando.
 ¡Oh! sabios San Lucas y San Marcos cuánta razón tienen.
 Tengo 3586 compañeros en el sindicato
 pero quienes verdaderamente me acompañan
 son los ratones, las cucarachas y las polillas
 que diariamente roen la monotonía del tiempo.
 Mi fuerza está en la debilidad.
 Mi importancia en la insignificancia.
 Soy un cuadro,
 un mueble oxidado,
 un estante viejo,
 no puedo faltar,
 soy parte del inventario.
 Soy un dios... ¿un dios?...
 Sí, un Dios oscuro que todo lo ve y lo sabe.

Aunque las cabezas caigan.
 Yo. Permanezco.

Sin embargo
no era más que un vil engañador
porque ninguna de estas vidas era la mía.

7

Si tuviera un hijo
no le llamaría la atención
por sus borracheras,
por su mala educación,
por sus excesos.

Lo dejaría libre sin atarlo a mí.

No le impondría un *Padre nuestro*, un *Ave María*,
un *Hare Krishna*..., un *illah illa*...,
pues parece grosero tratar a los otros
como tontos.

Si tuviera un hijo
ya hubiera muerto de vergüenza
siendo un oficinista ocioso.



Sin título, de la serie *Robotchis*, acrílico / madera, 20 × 14 × 8 cm, 2007

Víctor Avendaño Porras

San Cristóbal de las Casas, 1979

Poética

Asisto siempre a la misma cafetería “Café San Cristóbal” y me siento en la misma silla. Otra rutina: al tomar asiento dejo un billete de mil pesos sobre la mesa. Todos los días recojo el billete luego de tomar café y me voy. Una tarde, una mesera me preguntó por qué lo hacía. Respondí. Pongo el billete sobre la mesa para entregarlo al primero que diga algo interesante en las mesas contiguas. Todos hablan del temblor, de la guerrilla. Pero cada día saco y guardo el mismo billete porque asistir al Café San Cristóbal, pese a que ninguna frase es digna de mi dinero, es estar al día. Y tengo una tendencia por estar al día. No por nada La Jornada y el Excelsior son estelares en la cafetería. Después de dos horas noto que hay más palabras cruzando de una mesa a otra que palabras impresas. Lo tengo todo claro, escucho las conversaciones como si subrayara un libro de Milton. El silencio es imposible. No sobresalta.



© Víctor Avendaño Porras

Víctor Avendaño Porras. Es egresado de la Escuela de Escritores de la Sogem, licenciado en Sistemas Computacionales, especialista en *Supply Chain Management* y maestro en Comunicación y Tecnologías Educativas. Es autor de los libros de poesía *Sintaxis de lo nocturno* (Injuve, 2002), *El día de la hidra* (Seminario de Cultura Mexicana, 2002), *Gristenia* (Viento al Hombro, 2003), *Los caminos de aire* (Coneculta-Chiapas, 2003), *Extracción de un sueño donde el silencio es de oro* (Ediciones de El Animal, 2007) y *El mar océano de la noche de un día después* (Coneculta-Chiapas, 2007). Obtuvo el Premio de Poesía Joaquín Vásquez Aguilar 2000, el Premio de Poesía Ydalio Huerta Escalante 2006, el Premio Nacional de Poesía Timón de Oro 2007 y el Premio Estatal de la Juventud. Becario del Foesca-Chiapas 2000-2001, de la Fundación Universitaria de Boyacá en Colombia y del Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico del Coneculta-Chiapas en 2005. Actualmente estudia el doctorado en Educación.

El mar océano de la noche de un día después*
(fragmentos)

¡OH mar océano, mi tierra!
sólo en tu oscuridad es tu sombra clara

Atado a una tabla, boca abajo para que el sol no lo ciegue. El
cuello innaturalmente tendido para no beber. Requemado por
la espuma, ciertamente febril. Él, tan enfermizo, animal
noctívago por natural defecto, no se halla en condiciones de
contar el tiempo

*En un hálito de gracia,
en un momento de decisión fugaz,
de donosura,
desaparece al movimiento
de mis alados pies y mi cintura:
mi cuerpo es aire ya: hombre, el viento.
Todo es ser y no ser.
¿Qué es lo que ven los ojos, qué enamora?
si lo invisible es lo real: el aire,
y lo irreal, el mar, océano*

* Premio Ydalio Huerta Escalante 2006, Coneculta-Chiapas, 2007.

ÉL, SE HA ADORMECIDO y en su nocturno sueño se acerca a la nave, y como a la luz del plenilunio, se ha dado cuenta que está flotando bajo un *bauprés*, al hilo de un castillo en proa, del que cuelga una escala

¡La escala de Jacob!

Y le han vuelto todos los espíritus

*Ser un mar que corre y va,
invisible,
entre los otros mares,
ser el agua contenida en las riberas,
un mar que fluye solitario,
soterrado en un cuerpo.
Todos los escritores
mueren ahogados en los mares,
bellos durmientes que se lleva el agua*

LOS *ESOTROS* DE LA EMBARCACIÓN, aparecen con sus ruidos. Nicodemo escopeta en ristre, encara enseguida aquel *Armagedón*. El corazón le tiembla, pierde tiempo, vuelve a subir a la cubierta, divisa el alba que acaricia con sus manos de marfil. El metal de los cañones está surgiendo al día y es deber suyo huir de su luz, se dispone a dormir para no ver el sol, verdugo que corta con el hacha de sus rayos el cuello de las sombras

*SOY UN NÁUFRAGO QUE
 escribe, que se ríe
 de las vidas que vivió
 que se ríe del mar océano
 y de los hombres que lo cruzan
 de los barcos que encarnan
 y de los que renuncian a encarnar
 de buques que proliferan
 tenaces en el escenario de la historia
 y que rompen olas*

*SOY UN NÁUFRAGO QUE
 contempla a otro náufrago mudo
 y que le devuelve
 con las simetrías
 implacables de un espejo
 sus ahogamientos
 y que sin embargo
 a veces celebra la risa
 del viejo Hemingway
 que emerge espasmódico
 sigiloso y frío
 del centro del mar océano*

NICODEMO, NÁUFRAGO DEL MAR océano recuerda... se recuerda en el pupitre del banco de la escuela marítima: una pila de hojas en blanco, la cara absorta, encajada entre las manos abiertas y debajo de la cara absorta, el cuerpo que enflaquece y la carne del cuerpo escasa, que se repliega sobre los duros huesos del cuerpo y de las piernas, aún ágiles, aún nerviosas y vibrantes y nerviosas, enfundadas en las botas de hule que se calzó una remota noche de enero, circunspecto y rasurado, al interrogatorio de pájaros acuáticos

DESHIZO, NICODEMO con ominosa arrogancia las botas mojadas por la lluvia de esa noche de enero y la noche de enero en que llovía pretenciosa y réproba, en la que languidecía su cuerpo, alto y rígido de náufrago, y después, Nicodemo, alto y rígido, envejecía en la más atolondrada, réproba, pretenciosa e inmunda orilla del exilio

¡Oyó!...

alto y rígido, la voz de un individuo magro de carnes, envuelto en un manto blanco, y el pelo y la cara absorta... y Él, Nicodemo, náufrago del mar océano envejecía en la más atolondrada, pretenciosa e inmunda orilla del exilio

NICODEMO RECUERDA las hojas en blanco sobre el pupitre del banco de la escuela y cree escuchar una voz, un zumbido, un eco milagroso que pregunta como si nunca antes le hubieran preguntado:

¿Entabló trato carnal con sacerdotes?

Y cree escuchar la respuesta circunspecta desde sus interiores, como si nunca hubiera respondido, rasurado y circunspecto

NICODEMO RECUERDA las hojas en blanco y recuerda que escribe:

*Yo soy el escritor del mar océano
un cosmos
turbulento
carnal
sensual
que come
bebe
engendra*

*Con la primera claridad del cielo/ Y las ciudades invisibles/
Agua lisa ante mí/ Y los árboles creciendo en el agua/
troncos de mármol surgidos de la quietud/ Y la clara agua
verde y azul y clara/ Más allá todavía/ Hacia los riscos de
ámbar*

Raúl Vázquez Espinosa

San Cristóbal de las Casas, 1981

Poética

[hacer nada:]

Hablar de la poesía es caer en el terreno de lo problemático. Es decir, si se me permite la expresión un tanto kitsch, la poesía es indefinible; ya que como dijo W. H. Auden: “Poetry makes nothing happen.” Si la poesía hace que nada suceda, cómo la definimos. Hacer nada es una práctica que no permite una especulación que lleve a buen puerto. La mera enunciación de lo poético como algo que no hace nada es sólo una aporía desquiciante. Que por otro lado, supongo, es irrefutable en su formulación. La poesía no es definible o no se puede limitar a los márgenes de una definición.

La poesía únicamente se hace. Por eso no hay definición posible. Más allá de esencialismos poéticos, para entender a la poesía no es menester formular una pregunta que indague sobre su concepto; la cuestión viene dada desde la propia creación poética: es —sin que pretenda definirla— un hacer que se desarrolla en los linderos de la expresión y la forma (robándome una idea de Josu Landa).

La poesía resulta una inflexión misteriosa: es hacer o un saber hacer nada; nada más (si esto se entiende como una definición, pues, qué bueno). Nada, digo, hacer nada. Ahí es donde el preguntar por la poesía se tuerce en su aviso con la carencia de toda significación.



© Lorena Díaz

Raúl Vázquez Espinosa. Estudió la licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericana en la Universidad Autónoma de Chiapas. Forma parte del consejo editorial del semanario cultural *El Hacedor* y es miembro del Círculo de Lectura La Verde Lumbre. Obtuvo el segundo lugar en el Premio Estatal de Poesía Raúl Garduño (Juegos Florales de San Marcos Tuxtla 2004). Su trabajo ha sido publicado en “En el vértigo de los aires. Muestra de poetas nacidos en la década de 1980” (*Alforja Revista de Poesía*, núm. 37, 2006). Actualmente cursa la maestría en Ciencias de la Educación.

La altura vuelve en sí

(fragmentos)

*En los claustros del alma la herida
yace callada; mas consume hambrienta
la vida, que en mis venas alimenta
llama por las medulas extendida.*

Quevedo

SE VIDRIÓ la esquirla mortecina
en su trayecto de estructura troquelada.

*Un cilanco ferino (próximo a la desesperación)
se ha vuelto crimen.*

(¡—Quién supone
gritos en el aire sombroso!)

*Lumínico temor. Personajes
que no se cuentan, no se observan, esos, intactos
asesinos que cohabitan con la asfixia.*

§

EN EL HERBÁCEO AZULEJO de la plaza el venablo se incrusta.

Atisbos de miedo los niños corren en paroxismo.

(—Sin la casmodia el escozor sería
por esparcimiento la muesca entrometida).

§

a Sacbéh

*QUÉ HAY EN LAS PAREDES
que no sea traslación
de una herida.*

No hay tiempo. Hoy la espera
se divide en ristras. Cárdena
bienandanza.

Lo advertí.
En la barda encristalada.
Quietud de animal ido.
Centinela prerrafaelita de noches
malogradas. Lo advertí.
Rasga ya la calma
su cuerpo solitario.

La herida se enclaustra
en lo que tiene de célula mi angustia.
Como una grapa que hiere pero no inquieta.
Para decir “congoja” con la fortuna del escriba.
Pretencioso juzgar desde aquí todo lo visto.

qué voz inalterable se termina

ni un oculto decir de galpón,
ni un destello, en soledad
ni un destello en el dolobre inherente,
no hay hondura/razones que funcionen
bebiéndose el no dado prurito del silencio.

Kurdo

prejuicio de no saber —supongo— persigo; en todo lo que me contamina; make impure apunta el diccionario Oxford, make impure. Dicho, así, sólo por no dejar

[santa muerte:]

hueso, claro, hueso amarillo de perro, de oquedad, de plegaria; suma que no dice el silencio la tonadilla risible, sino el deseo, la ganga, tonadilla del llanto, voz de voces donde se entona *la santa*

[mujer:]

ella, bajo su trueque, desde el interior de su indiscutible aproximación, quizá el escenario donde empezar, caída de un prodigio donde empezar, el círculo, la grieta, el lugar en donde ella, siempre tarde, regresa, recomienza el solo movimiento, el agrado no pensado de un gesto

[chela:]

el lúpulo predilecto, anticipo al menos, ámbar de su amargura: negada la sed, transpiración como la repentina burbuja, hasta el húmedo examen de lo increado, como la boca malhadada, el rédito que fue, que, tal vez sosiego, quiero pensar o creer

[mal rato:]

imposible fue concebir el sueño, como el cansancio en el cuerpo, si bien fuera, pues, del matinal desvelo, un, no entiendo todavía, principio que no cuando despierto, ni porque los ojos arden, pueda volverse ceguera en sus dominios inexpugnable

[i. ocio:]

me vence el día. Mantenerme en pie, tal vez; sin embargo, me sostengo en un pivote menos amplio que, digamos, un mareo.

[ii. ocio:]

el ocio, poco; pero de vez en vez. Por otro lado, insuficiente. Sólo para salvar las insignificancias del día

[por la mañana:]

acidulado, como la nulidad, cómo, a la deriva. Sin pensarlo mucho me agrada lo *falto de*, es algo interno, un desmoronamiento

[repito:]

sólo para salvar las insignificancias del día... en segundos... con simulada reticencia

nadie volverá a ver mi rostro, por lo menos, en mucho tiempo —ahora lo sé, no hay nada más claro, lo sé, “Blake, Donne, Keats” como escribió Muriel Rukeyser, “then think”, ¿no? No. Qué le hago, las cosas son así, en eso consiste su profundidad, su admirable profundidad: Blake, Donne, Keats

[conjetura:]

concepto, ruego, flor colmada de evanescencia: ave de paraíso, pausa; ahora lo sabes, no somos más una concentración de anomalías; seamos, entonces, todo lo que podamos

[lectura de Levinas:]

hacia la periferia, bien podría imaginar, que ser un sujeto mezquino, que lo soy, a pesar mío, pero nunca del mismo modo; sin embargo, soy “benévolo”, sólo para emplear un cultismo innecesario

Mario Alberto Bautista

Mazatán, 1984

Poética

Me parece arriesgado y aun ingenuo el consignar aquí, o en cualquier lado, una verdadera, reluciente poética. Tengo entendido que todo poeta que se respete tiene la suya propia, pero yo no me respeto mucho y, tengo que decirlo, tampoco a la mayoría de lo producido por los poetas chiapanecos de mi “generación”.

Cosas de la vida, desconfío cada vez más de las posiciones que consignan que el Mundo y la Palabra son la Respuesta, la Patentización de una Poética. Tal énfasis, tal obsesión mayúscula, me hace sentir estafado, diminuto ante visiones tan Fastuosas.

Se ha dicho hasta el hartazgo que en Chiapas uno levanta una piedra y aparece un poeta. Es cierto: pululamos, y la inmensa mayoría somos, en verdad, muy malos. Alguien debería decirnos que no tenemos mucho futuro. Alguien debería ya quitarnos nuestras becas y talleres y nuestros premios múltiples y locales. Alguien debería quemar nuestros Converse y nuestras bermudas y nuestras camisetas de María Sabina. Pero nadie lo hará; por lo menos no fuera de la cuadratura restrictiva de una mesa de café (ah, los revolucionarios de café orgánico), por lo menos no con pelos y señales, porque de hacerlo nosotros, adiós becas, talleres y premios.

Balam Rodrigo me propuso participar en este espacio y acepté. Quiero decir que hago esto por razones que tal vez sean mi “poética”: por fidelidad a una amistad y por fidelidad a mí mismo; es decir, por simple y soterrada vanidad, y ya se ve lo lejos que llega uno con tan pocas armas.



Mario Alberto Bautista. Estudia la licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericana en la Universidad Autónoma de Chiapas. Obtuvo el primer lugar del II Premio Universitario de Poesía Joaquín Vásquez Aguilar 2005 y el primer premio de Cuento Breve en el Concurso 37 de la revista *Punto de partida* (UNAM, 2006). Su trabajo ha sido publicado en los volúmenes colectivos *Antología arbitraria de poetas jóvenes de Chiapas* (Edysis, 2005), *Alba por los caminos* (UNACH, 2006) y “En el vértigo de los aires. Muestra de poetas nacidos en la década de 1980” (*Alforja Revista de Poesía*, núm. 37, 2006). Es miembro del consejo editorial del semanario cultural *El Hacedor*.

Canción de la azotea

i

noche de gatos, noche
de ronda. los
gatos

se fueron hace tiempo:

nada queda sino su olor lúbrico
y
salvaje.

ii

toda persona es una isla:

secreta, escondida,

inalcanzable.

a veces el faro emite una señal,
pero nadie responde. a veces llegan botellas con
corchos, pero están vacías

o anegadas. toda
 persona es una isla. los gatos ya no están: son
 —fueron— la ola negra, la ola roja
 que dejó como constancia
 el naufragio.

toda persona es una isla.

toma tu herramienta, construye tus murallas.

iii

esta lluvia /ay/ esta lluvia.
 estos recuerdos que vienen y besan mis pies,
 lamen mis piernas /ay/ como los gatos,
 /ay/ como los gatos.



Pastelote y novios, de la serie *Tamagochi*, acrílico, grafito, gis pastel / tela, 45 × 80 cm, díptico, 2002

iv

¿vendrán esta noche con su música de sangre, con su melodía turbulenta? ¿o vendrán, acaso, con su furtivo paso de gato a mover, apenas, el espeso telón que teje mi insomnio?

v

todo lo que llevamos dentro. todo lo que en nuestro puño se reúne.

ubicación,
escape,
senderos,
senderos de esos en que la noche se funde en los caminos, las orillas,
las pupilas que iluminan el abismo, las
garras que escriben en las piedras
el poema de las navajas y la sangre. ¡tanta sangre!

las gaviotas equivocan el vuelo.
la arena
se quiebra, despeña
su certeza.

el presente fue, las palabras se repiten, los disparos fallidos siempre
aciertan. yo
fallé. y en mí no equivocaron las navajas su marca. yo siempre quise todo menos
la memoria.

y es lo que nos sobra.

vi

a medida que avanza la noche, que cruje la escritura en esta hoja, en este lápiz, en este vasto mar, en este vasto páramo, pienso —desde mi *yo*, desde mi *ahora*— en lo que hasta hoy he escrito. pienso en las palabras, en cómo brotan, en el porqué de cada palabra junto a cada recuerdo, como foto y pie, como espejo de tinta o de grafito: pequeña constelación, pequeño poema. no es esto. no es esto lo que busco hoy, esta noche, tan lejos de todo, tan cerca de la incertidumbre. los gatos de la duda ¡ah! comieron mi lengua. y no es esto, no es esto lo que busco.

vii

moverse. buscar. perseguir.
las sombras son las sombras.

al final del poema está lo opuesto de la noche.

moverse. buscar. perseguir.

vendrán los gatos. vendrá su color, su frágil música.

vendrán los gatos.

las sombras son las sombras.

lo opuesto de la noche es un misterio.

Fabián Rivera

Tuxtla Gutiérrez, 1984

Poética

Cada palabra es un camino. La hoja en blanco es un silencio que convoca. Subsiste en aparente inocencia: libre de tiempo y espacio, representa fielmente al hombre: espejo a cuya habitación acuden así lo callejero y lo numinoso. El poeta —cúmulo de nervios, criatura fisiológica e incluso anatómicamente adaptada para ejercer su oficio— plasma sus inquietudes sobre ella y la desvirga. Al no tener una definición, la poesía invita al constante ejercicio de su descubrimiento.

La búsqueda del poeta es interminable. Debe sacrificarse a sí mismo infinidad de veces, sin saber siquiera cual será su definitivo incendio.

La poesía es el fuego pétreo que da vida y que libera.

Aclaración preparatoria

Busca ahogar tus penas con los libros.

Prueba llorar como los héroes
de los que incansablemente hablas.

No requieres compañía:
las letras son tu bálsamo,

¿podrás apagar tu sed con tanto polvo?

Escribe, escribe, escribe,
escribe como escribo esto:

¿Qué se siente tener a tu merced todos mis versos?



Fabián Rivera. Estudia la licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericana en la Universidad Autónoma de Chiapas. Ha publicado poemas y cuentos en revistas y diarios locales. Está incluido en los volúmenes colectivos *Antología arbitraria de poetas jóvenes de Chiapas* (Edysis, 2005), *Voces que maduran en su caída* (UNACH/INJUVE, 2006), *Alba por los caminos* (UNACH, 2006) y “En el vértigo de los aires. Muestra de poetas nacidos en la década de 1980” (*Alforja Revista de Poesía*, núm. 37, 2006). Obtuvo el segundo lugar en el Premio Estatal de Poesía Eliseo Mellanes Castellanos 2006 y el primer lugar en el III Premio Universitario de Poesía Joaquín Vásquez Aguilar 2006. Ha incursionado en el periodismo y oficia la corrección de estilo, así como diversas tareas editoriales.

Anegado de una líquida virgen que me ampara

Con los pies ebrios de asfalto
 Espero las membranas de la tempestad
 En la más próxima lluvia

Su finitud
 Se recuesta sobre la hierba
 Y cruje mineral el río

La constelada soledad de mi garganta

Miro mis manos
 Son una llaga en el vientre de Cronos
 Tomo mi lengua
 Siembro lentamente su veneno
 Brindo una copa de viento
 Una lenta música de gotas

Es una noche de labor y odio

Ceniza y vid
 Musitan

Sobre las entrañas del alba

CANTO A MIS ESPALDAS.

Ebrio me busco
en puentes de alcohol y de saliva.

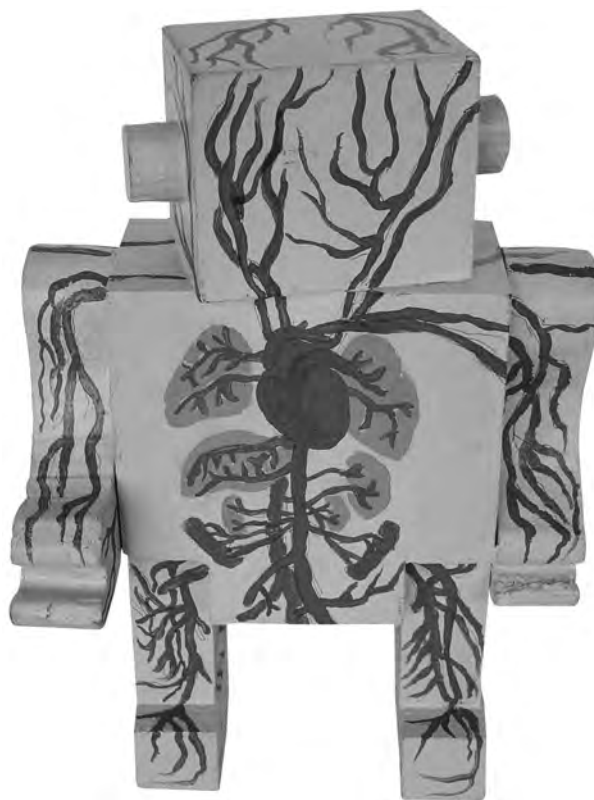
De nada sirve que me hable
porque a mí nada me importa:
en mi almíbar pataleo (así gusto)
queriendo que el olvido me recuerde.

Lloro, idiota, destrozado:
a nadie conmuevo con mi llanto.

Lloro, fetal, en la escalera:
a nadie conmuevo con mi llanto.

Lloro, obsoleto, derrotado
—nada espero—
lloro con el vientre apuñalado:
ni al estiércol conmuevo con mi llanto.

No me culpo corazón de haber nacido.



Sin título, de la serie *Robotchis*, acrílico / madera,
20 × 14 × 8 cm, 2007

Persistencia

1

Porque me impronto si tocará la puerta en la mañana. Si borrasca, agrieta la paciencia, sus ventanas. Si habré de desprenderme y su gástrico latido me reclame queriendo saciar la sed de sus cadáveres. Si hambriento de ruptura abreve del más cercano abismo y ella gima, derrotada.

2

Con la pluma a medias en la mano, las horas florecen a su tiempo: hilo en que gargantas anhelan siempre derramarse, arroja sus murmullos en la memoria del día, en las ácidas mieles del exilio.

Un gorjeo de verdugos enhebra mantos de luz: la noche, su diámetro de altura.

Terriblemente sutil, la niebla se bifurca.

3

Busco yacer tras una mirada. Al degollar mis párpados, el cúmulo de polvo, el envenenado verso, agonizan.

Las sombras del cáncer exhalan sus vapores. La estación que recorre esta ladera infértil morará entre las llamas del vidrio, en su voraz péndulo.

Aflijo mis quimeras: el insomnio, recinto azul fuego mis arterias: larva antigua mi pecho desde la entrega del cosmos es imposible el caracol niegue su deleite plano a plano que el sol traza.

Mi voz rompe toda tregua a la cordura

el río no termina de engendrar su nombre

4

La guadaña y el oriente concilian. Transpiraré así el rosal de las mordazas. Las avenida en simulacros de ala enjuta y dolorida cual si el último terrón del éter vagara por mi tierra. Me abandono al cerrar la luz el pórtico, la pesada fiebre en que todos los Hubiera culminan. Renazco al cerrar los ojos su madriguera de cortinas, al anunciar los astros su partida

ocurro

5

La inobjetable horda de crepúsculos, gravámenes, otoño. Entre polvo, tránsitos y días, jamás pensé que dos monedas pudieran valer un lugar un sufrimiento, que pudieran acaso conservar intacto el peso del espíritu.

6

Cual tangente, en apátridas rincones, cosecho las auroras, apago las enfermedades del silencio.

Conservo una rota melodía, abrasando las espaldas salitrosas del invierno

Un trozo de luz albergo. Surgen del Apenas las señales

el camino.

Antonio Morova

Tonalá, 1985

Poética

Botella al mar

(Ésta no es una poética, sino algunas opiniones al respecto)

- 1. Aspiro a escribir poemas vitales. Una poesía despojada de artificios. Una poética sin poses literarias ni malabarismos pretenciosos.*
- 2. La poesía no puede, lo pretenda o no, ser la realidad. Cada poema encarna su propia lógica, se rige por sus propias leyes estéticas y morales.*
- 3. Tenemos que admitir la inutilidad de la poesía; pero es precisamente en el hecho de que no sirve para nada donde radica su auténtico valor. Escribir poesía en estos tiempos es, lo que Gide llamaría un acto gratuito. Un acto desinteresado, que al no tener ninguna pretensión, nos hace libres.*
- 4. Pero escribir poesía no sólo significa libertad sino encierra otra metáfora. En un mundo donde nadie hace nada por nada, en una sociedad que nos enseña que lo único importante es poseer, escribir poesía viene a ser un acto de desprendimiento, de rebelión, de salvación.*
- 5. Escribir poesía después de Auschwitz podría parecer absurdo, pero es todo lo contrario. Es una forma de decir que no estamos derrotados, que pese a todo, aún seguimos teniendo fe en la vida.*
- 6. Las poéticas explícitas son absolutamente prescindibles. Aunque más de un crítico estará agradecido. Les ahorrará su trabajo.*
Todo poema: una botella echada al mar.



Antonio Morova*. Es licenciado en Educación Secundaria, especialidad en Matemáticas, por la Escuela Normal Superior de Chiapas; cursó el diplomado en Cine Continuo auspiciado por el Coneculta-Chiapas y el curso-taller Teatro de Calle. Recibió mención honorífica en el Premio Estatal de Poesía Efraín Bartolomé 2005. Su trabajo está incluido en los volúmenes colectivos *Antología arbitraria de poetas jóvenes de Chiapas* (Edysis, 2005), *Voces que maduran en su caída* (UNACH/INJUVE, 2006) y “En el vértigo de los aires. Muestra de poetas nacidos en la década de 1980” (*Alforja Revista de Poesía*, núm. 37, 2006). Actualmente ejerce como profesor de telesecundaria en una comunidad de la sierra de Chiapas. (* Heterónimo de Marco Antonio Morales Ovando.)

Instrucciones para mitigar el embrujo de las musas

Adminístrese claras dosis
de anfetaminas y versos mortales,
antes de escribir
Libérese,
déjese dominar por el absurdo,
si algo sube lentamente por su cuello,
no se sorprenda: es la musa,
que lo ha escogido despiadadamente
y ahora lo coge por el brazo
como a un débil muñeco de peluche,
no desespere ni se espante,
vano será cuanto haga por tratar de liberarse,
“la musa”, créalo o no, es una especie de demonio,
que bebe de su sangre y con su aguda garra
—puesta sobre su vena temblorosa—
mide el miedo;
en estos casos, lo conveniente,
es dejarse arrastrar:
controle y mitigue
sus nervios quebradizos
de colegiala virgen,
disipe toda angustia y cuando sienta
que un hervor en su sangre se reúne
y en sus manos una fuerza indescriptible se concentra,

no grite, ni se alarme,
congregue toda su energía y haga estallar la maquinaria escritural,
escriba, escriba, no se detenga,
aunque sienta morir,
¡desángrense, desángrense!
hasta que un impulso trueque de pronto sus sentidos
y sienta un duro tope de estupor
de espuma y de ceniza
y vea que la sangre
—como un sapo escarlata—
le salta por la boca



Cicatriz de paraíso, grabado punta seca / papel, 17 × 22 cm, 2007

IMPOSIBLE NOMBRAR a la bala y a la hormiga
La una es demasiado rápida
para poder fijarla en el instante
La otra es diminuta
—deja tan sólo rastros de su breve presencia—
y el nombrarla
significa opacar su fugaz hermosura

La bella poesía

Para qué decir más mentiras
la realidad es cruel
y el arte no hace más que embellecerla

El artista no es un genio
sino un títere de Dios o del Demonio
sin nada que decir porque todo está dicho
Su oficio consiste en el retorno eterno
Su único poema posible es el silencio

Pero a nadie le importan ya estas cosas
que todo mundo sabe
Por eso, estimado Lector, ¡te lo suplico!
¡arroja este poema al bote de basura!

Revólver

La honda de David no se sacia con el aniquilamiento de un simple Goliat
La sangre de la víctima busca con rabiosa pasión a su asesino
Los cerdos en su mugre son más felices que los hombres y sus lujos
A pesar del arrepentimiento, Jesús seguirá siendo crucificado
No escribo un poema: saco el revólver y disparo al azar
Esta sexta descarga se la dedico al viento

Contra la divinidad de los poetas

Todos los poetas tienen dos piernas,
dos ojos y, eso sí, un par de manos.
Cagan, duermen, se ingestan.
Supongo que más de uno
—si la suerte es su aliada—
Fornica con frecuencia.
También pagan impuestos.
¿Por qué habría, entonces,
de venerarlos como a dioses?

Una cosa es que los poetas sean dioses
en el extraño mundo de sus poemas
y otra cosa, distinta, que sean Dios,
creador de ese poema inexplicable
que todos habitamos.

Fernando Trejo

Tuxtla Gutiérrez, 1985

Poética

La poesía es como tal un auto de fe ante el lenguaje sublime de los seres humanos. Una constitución, donde el lenguaje se sumerge ante las profundidades menos rescatables del habla. Es una conspiración del hombre ante la inquietud del ser por todas las creaciones inevitables que, al constituirse como una forma invisible, la voz del poema mismo nos señala dónde queda volando la poesía, la poética.

Ser un vaso de agua, beberlo, digerir, bocado por bocado el alimento diario. Dormir, hacer el amor, masturbarse, enloquecer, sonreír, voltear a ver, quedarse ciego, hablar, escribir, hacer poesía, son todas fuente de una inspiración atropellada, sorda, insospechada.

La poética suele salir a flote dentro del poema, antes del poema, después del poema. Dentro del estudio de la poética, el análisis, la forma, la estructura, podría venir sobrando. Como la gota en el vaso de agua, el bocado a medias, el sexo barato.

Cuando en vez de no tocar la parte más sublime de algún verso, el verso se levanta como un tigre y se encarama como un perro ante su perra y se emociona como un ente transgénico o grita o se subleva o muere y reencarna, hay que dejar sin puntos ni comillas las palabras, para que no se venga ante nosotros como un gargajo al excusado.



© Eder Ochoa

Fernando Trejo. Estudia la licenciatura en Comunicación en la Universidad Autónoma de Chiapas. Ha publicado los libros de poesía *Circuito Amor* (Jitanjáfora, 2002), *Raíces de un sueño* (Viento al Hombro, 2002), *Por las mujeres, hermanos, escribamos* (Viento al Hombro, 2005) y *¿A dónde van las palabras?* (UAEM, 2006). Ha obtenido, entre otros reconocimientos, el Premio Estatal de Poesía Eliseo Mellanes Castellanos 2006, el tercer lugar en el Premio Universitario de Cuento Corto Augusto Monterroso (UNACH, 2005) y el tercer lugar en el Premio Universitario de Poesía Joaquín Vásquez Aguilar 2006. Compilador y coautor de *Antología arbitraria de poetas jóvenes de Chiapas* (Edysis, 2005) y *Porque algún día faltarán cuentos. Antología (otra) del cuento joven en Chiapas* (Ediciones de El Animal / Coneculca-Chiapas, 2007). Su trabajo ha sido incluido en los volúmenes colectivos *Alba por los caminos* (UNACH, 2006) y “En el vértigo de los aires. Muestra de poetas nacidos en la década de 1980” (*Alforja Revista de Poesía*, núm. 37, 2006). Becario del Programa de Estímulo a la Creación y el Desarrollo Artístico del Coneculca-Chiapas en 2005 y 2008.

La piel que me protege

Quién sabe si esta piel que me protege, cortará con sus vellos cualquier similitud de corta inspiración. Quién sabe si la corta palabreja que yo escribiera antes o después, va a salirse con la suya y andará de vaga por las latitudes del poema. Quién sabe si el tiempo corto encanecerá de viejo y no podré jamás cortar un tulipán para jactarme de este verso.

A dónde pues, éste mi pueblo que agoniza. A dónde mis pies lacerados por el ruido que me ahorca. A dónde las voces de todos los putillos bordadores de míseras palabras. A quién voy a atender mañana por la voz y soltarle dos que tres puñetazos para esa su malalengua y malamaña.

Quién sabe si esta piel con la que escribo me proteja. Me reserve y me preserve para nuevas concordancias. Así es la voz del niño que nació bajo la voz del precoz cuerpo de su madre. Así es la lengua que no escupe ni vomita verborrea. Allá, pues, los que ladran. Los que piden el pan jalándose la pija por no saber dónde cavar un hoyo y meter un pie que no camina. Porque no tienen pechos dónde eyacular, ni vaginas donde entre su raquíptico zancudo a morder la manzana de la vida.

A dónde irán sus vértebras tan curvas. Qué terca su andanza de cortar la hazaña de gritar y no escuchar la brecha menos belicosa. Ellos, los que ladran con ganas de ser lunas, de bajar al sol con una sogá al cuello, andan muriéndose en las calles, llevan el brazo bajo el libro y éste los circunda, como cuando niños el filoso bisturí los dejó incautos y verduzcos. Una clase más en extinción.

Naranjero

Cien por treinta y cinco naranjas al hombro
en las esquinas
Revientan el adoquín a cascarazos
todas las lenguas de la avenida

Y fluye

gota

a

gota

la sangre del muchacho
en dos monedas de a cinco



Excalibur, de la serie *Personaje cercano*, acrílico, grafito, gis pastel / tela, 100 × 100 cm, 2004

La que viste a quemarropa

A Julissa

Viene del mar, de lejos. El sudor resbala torpemente sobre los brazos míos, tercos como el anzuelo en la espera de nada. El sol a quemarropa, ella a quemarropa. Lumbre en las arterias. Alumbro un corazón a base de saliva.

Viene del mar, de lejos. Abre sus piernas y entra el punzón del aire a fatigar por su placer, un nido de serpientes retorciéndose de sed. Abre sus manos y entra inmaculada la sangre de la vida. Y el mar, impávido respeta su quietud. La luna que apenas se aproxima a salir de este verano encáustico y malévol, alerta con su sombra la finitud del día.

Viene del mar, de lejos, la que viste a quemarropa. Ella, la misma. La muchacha del sol a sordas longitudes.

Y la espero, a merced de una cerveza helada que ensancha cualquier posibilidad de escribir palabreríos al río de mi sed agónica y finita.

En la espera de nada como esperando las huellas de sus sandalias azules en la arena del mar. Ella, la de rosa y azul como el color del cielo a las seis de la tarde. Ella, la del cabello suelto, toma el refresco helado en un cuarto para mí desconocido, desorbitado. Y sus galletas se muelen súbitamente entre sus labios y deja caer migajas para que un pez encuentre lánguidamente a la *putilla del rubor azul*.

Y viene del mar, con sus olas enormes e imponentes. Y viene de lejos, ella, la desnuda, la única que viste a quemarropa sin soles ni estrellas que descendan a quererle abrir el corazón para aventarla al final de este párrafo y puedan terminar mis manos, un texto sudoroso, marítimo e insoslayable.

Sueño de una noche sin veranos

Muertita, te saludo desde mi balcón. Mira cómo el cielo se cae con sólo parpadear. Mira, aquí los pájaros no vuelan y en cambio andan de cable en cable lanzando picotazos. Acércate, la luna esbelta puede atravesar mis ojos como palillos que pican aceitunas. Muertita, levántate y déjame lunar en tu lunar pintado.

Juan Carlos Cabrera Pons

San Cristóbal de las Casas, 1986

Poética

La poesía es reinención del mundo. La poesía ocurre en el mundo, en la vida. El instante poético es el instante en que la poesía encarna sobre la tierra, en una imagen, una situación, un sentir colectivo o individual, etc. El poema corre detrás de este instante poético, en una eterna búsqueda. Si logra atraparlo o no, es lo de menos, el poema está y está la vida.

El mundo existe a través de la poesía y sólo a través ella puede comprenderse y vivirse. La única justificación para la vida es la poesía, y viceversa. El poeta trabaja el campo de la vida, entendiendo la vida como el último estrato de realización de la existencia. La materia prima de la poesía es el lenguaje. Sobre todo, la poesía debe hablar, debe decirnos algo que pueda continuar diciéndose en futuras generaciones. El quehacer poético es el acto de la universalidad, la realización del instante poético, eterno en tanto que instante.



Terror en el hipermercado, de la serie *Tamagochi*, acrílico, grafito, gis pastel / tela, 45 × 80 cm, díptico, 2002



© Leana Varnas

Juan Carlos Cabrera Pons. Ha realizado estudios en San Cristóbal de las Casas, así como en Tuxtla Gutiérrez y en Fredericia, Dinamarca. Ha asistido a diversos talleres de creación literaria y realizado lecturas de su obra en Chiapas y la Ciudad de México, donde radica desde hace tres años. Obtuvo el Premio de Poesía Mérida 2008 por su poemario *4 piezas danesas*. Actualmente cursa la licenciatura en Literatura y Ciencias del Lenguaje en la Universidad del Claustro de Sor Juana.

Ángel en picada

(fragmentos)

I

La primera luz y la última
son y siempre han sido la misma luz.
Un golpe luminoso contra el pecho. Un golpe.
Al principio fue la herida y sólo entonces
—solamente entonces— la creación
y como consecuencia la caída. Insisto.
Somos y siempre hemos sido la misma luz:
el instante preciso anterior
al contacto contra el suelo.

II

El primer ángel cayó de las alturas
cayó desde una nube dorada. Acarició
su grito la penumbra
hirió de grietas
la oscuridad. Dijo:
“Hay una espina
en la tierra. Hay una espina que hierre
—dijo— y en su punta hay un jardín.”

La gaviota (Rådhuspladsen)

Como una cabra alada la gaviota desentierra Copenhague
hunde el cuello entre sus brazos de ceniza
se relíe
y todo si no es blanco lo devora.
¿La has visto al amanecer?
¿mareada? ¿la gaviota?
¿mareada desde el alba

en su labor insólita de oleaje?
la corteza del pan no la perdona
y las manchas soñolientas de tu rostro
bajo sus viejas alas blancas las esconde.
Mareada dando vueltas como ciega
—más que ciega la gaviota
todo lo que no es blanco lo devora
y todo si no es blanco contradice.

Y Copenhague
la blanca
la blanca blanquísima Copenhague
el colmo de la nieve
desde una interior fuente se descubre
rompiendo los cimientos del planeta
elevándose en el aire
jalada en las alturas por gaviotas.
Desnuda se relíe
bosteza y se levanta.
El sol de molestarla se enrojece
y toda blanca de boda es Copenhague.

Entonces lo sabíamos
no se puede extrañar en Copenhague
no
ni morir
que la ausencia que se cae como una roca
sobre sus viejas torres blancas se estremece
y el tiempo que se baila en tus arrugas lo devora
y todo si no es suyo contradice
y no
no se puede morir.
—¿La has visto? ¿la muerte?
¿desnuda como un muerto
en su labor insólita de río?

Es una encrucijada como ausente
y no
no se puede morir.

Toda blanca de boda es Copenhague
y todos expectantes blanquecinos
no despiertan al discurso pajaresco de la muerte
ni a las plumas de aquel pájaro inefable.

Johanna

Recordar cuando sólo me mirabas
antes
aún antes de tu ombligo.

Enramada entre tus dedos
con tus manos tan temblando de temblores
y tus ojos tan temiendo de temor
mucho antes del contacto con tu ombligo
cuando sólo me llamabas
con tu voz incomprensible acariciando
mi nombre impronunciable
aún antes del primer contacto
recordarlo todo
desde el instante de mis manos en tu ombligo
hasta volverte a preguntar si ya eras mía
hasta el último temblor de ti
es tan sólo un recuerdo
girasol.

Y recordar cuando sólo
me mirabas
es tan sólo un recuerdo.

